

La búsqueda del ser: Viaje psíquico-social en la novela *Rayuela*, de Julio Cortázar.

The search of being: Psychic-social journey in the novel *Hopscotch*, by Julio Cortázar

Alcibíades Policarpo Lacruz¹

RESUMEN

En este estudio, sin soslayar el gran contenido analítico de su obra ya expuesto por la crítica académica y profesional, se intenta exponer el tema de enajenación que sufren los diferentes personajes, principalmente Horacio Olivera, La Maga y Traveller entre otros. El cambio de mundos en el aspecto social, cultural y económico de estos personajes hace que se enajenen de su mundo físico y, psicológicamente se encuentren en el ser y no ser, el pertenecer o no a un lugar prestado.

PALABRAS CLAVE: enajenación, autenticidad, identidad, cultura.

SUMMARY

In this study the autor intends to develop the theme of alienation experienced, in the novel, by the different characters such as Horacio Olivera, La Maga and Traveller among others. Also to show the change of social, physical and cultural environments these characters have, creating themselves a physical and psychological alienation from their own beings and their original places of origin.

KEY WORDS: alienation, authenticity, identity, culture.

INTRODUCCIÓN

La novela *Rayuela* del renombrado y desaparecido autor argentino Cortázar (1973) no deja de deslumbrar a sus lectores, de diferente interés intelectual, con el contenido textual e intertextual de su expresión narrativa. La mayoría de la crítica literaria sobre dicha obra converge en el aspecto de la condición humana del hombre en una circunstancia determinada. Otra inquietud es la autenticidad de la vida humana y la autocritica, por experiencia, que Julio Cortázar hace de victorias y derrotas en sus diferentes circunstancias vivenciales.

El objetivo de este estudio fue, apuntar esa condición del ser argentino, quien al sentirse europeo sin serlo y no sentirse completamente americano se crea un conflicto de identidad por el hecho de alejarse, aislarse y enajenarse de sí mismo.

¿Encontraría a la Maga? (Página 15) Olivera empieza con esta pregunta que no es más que si se preguntara si encontraría el espíritu, la vida, y si llegaría a tener ese dinamismo interior que le diera posibilidades de trascendencia y, en esa forma más honda, si llegaría a encontrarse a sí mismo. Pero para encontrarse a sí mismo tiene que existir alguien más que lo determine como existente y así este reconocimiento tiene que ser dual. Al saber que vive en relación tiene las vías de establecer su diferencia y, es a partir de esa diferencia que va a buscar su individualidad. Esa individualidad no solamente debe ser pensada sino sentida, experimentada y es cuando se recalca la pregunta al inicio de la obra; si su pensamiento, su intelectualidad van a encontrar su sentimiento, su esencia vital, relación tal que le daría unidad personal. En otras palabras, que lo libraría de la enajenación de sí mismo y le daría la posibilidad de tener autenticidad. Es más, esa necesidad de unirse íntegramente se da

¹ Sam Houston State University. Texas, USA

CONTRIBUCIONES ESPECIALES

permanentemente si hay voluntad en querer ser uno mismo; eso se nota en los monólogos de la Maga y Olivera respectivamente: "...convencida como yo de que un encuentro casual era lo menos casual en nuestras vidas, y que la gente que se da citas precisas es la misma que necesita papel rayado para escribirse o que aprieta desde abajo el tubo dentífrico." (Página 15).

...pero "ahora la Maga no estaba en mi camino y aunque conocíamos nuestros domicilios, cada hueco de nuestras dos habitaciones de falsos estudiantes en París, cada tarjeta postal abriendo una ventanilla Broque o Chirlandaio o Max Ernst contra las molduras baratas y los papeles chillones, aún así no nos buscaríamos en nuestras casas. Preferíamos encontrarnos en el puente, en la terraza de un café, en un cine-club o agachados junto a un gato en cualquier patio de barrio latino, Andábamos sin buscarnos pero sabiendo que andábamos para encontrarnos" (Página 15).

Pero la vida de Olivera (intelectualismo) y la de la Maga (vitalismo) no intentan relacionarse, no intentan integrarse no obstante darse dentro de una misma realidad personal y, por el contrario, huyen uno del otro y juegan ese juego, así como la identidad que tienen en París son falsas relaciones y se distancian más de la posibilidad de tener autenticidad. Se enajenan uno del otro:

"Nunca te llevé a que Madame Léonie te mirara la palma de la mano, a lo mejor tuve miedo de que leyera en tu mano alguna verdad sobre mí, porque fuiste siempre un espejo terrible, una espantosa máquina de repeticiones, y lo que llamamos amarnos fue quizá que yo estaba de pie delante de vos, con una flor amarilla en la mano y vos tenías dos velas verdes y el tiempo soplaba contra nuestras caras una lenta lluvia de renunciadas y despedidas y tickets de metro." (Página 17).

Se observa, por lo tanto, que Olivera teme revelarse; quiere mantener su individualidad sin compartir la confianza y relacionarse a la Maga, teme que su vitalidad se revele a su intelectualismo. El aparente amor que hacían no era sino la toma de posesión de la Maga por Olivera quien la usaba como objeto mientras que la Maga, y de esa misma manera de amor, tenía al menos esperanzas de unión, de relacionamiento. Se hace notar además los símbolos que juegan la flor de color amarillo, que significa desprecio mientras que las velas verdes significan esperanza.

Olivera desde que llega a París, procedente de la Argentina, no quiere perder su argentinidad pero tampoco se hace al ambiente parisense. Sólo imita la vida de otros, vive enajenado de su tierra y de la gente con la que vive en París porque no se compenetra con ellos y sólo se presta la vida de los otros para reproducirla burdamente. Olivera dice: "Sé que un día llegué a París, sé que estuve un tiempo viviendo de prestado, haciendo lo que los otros hacen y viendo lo que los otros ven." (Página 18).

Una de las causas de la falta de relación hacia otro y hacia sí mismo que tiene Olivera es la falta de confianza en los otros y, por ende, en sí mismo. Si algo descubre no es por el empeño de hacerlo sino que tiene que haber alguien que le abra los ojos ante la realidad vital, conforme lo manifiesta refiriéndose a la Maga: "Cómo podría yo sospechar que aquello que parecía tan mentira era verdadero, un figari con violetas de anochecer, con caras lívidas, con hambre y golpes en los rincones. Más tarde creí. Más tarde hubo razones, hubo Madame Léonie que mirándome la mano que había dormido en tus senos me repitió casi tus mismas palabras; Ella sufre en alguna parte. Siempre ha sufrido." (Página 18). Esto significa un reto para Olivera; encontrar ese algo humano vital en el seno mismo de la vida que está a su mano y no vivir enajenado de esa posibilidad de conocer al otro, pero lejos de reaccionar ante ese reto Olivera cerraba toda opción de comunicación, de diálogo creando una situación aislante entre su mundo interno y externo con caracteres de mutismo. Olivera dice: "Y entonces en esos días íbamos a los cine-clubs a ver películas mudas, porque yo con mi cultura, no es cierto, y vos pobrecita no entendías completamente nada..." (Página 18).

El auto-aislamiento de la realidad por Olivera llega al extremo de escapar cada vez más de la vida y sumergirse en el vacío, convirtiéndose en un ser pseudo-inconciente, en un objeto para lo cual practica juegos de enajenación mental, estado que lo absuelve de toda responsabilidad sobre los actos que realice y dice: "Yo aprovechaba para pensar en cosas inútiles, métodos que había empezado a practicar años atrás en un hospital y que cada vez me parecía más fecundo y necesario." (Página 19).

Si se quiere vivir como persona se tiene que estar en continuo proceso que implique dinamismo pues si uno quiere que la vida sea auténtica, debe comprometerse a continuos quehaceres buscando su centro en lo más íntimo: el núcleo de la conciencia. Pero la búsqueda

que Olivera realiza no tiene dirección, es un pre-determinismo que lo guía y no el camino que escoge, lo que hace de su vida una existencia indeterminada porque como dice Olivera: "*Ya para entonces me había dado cuenta que buscar era mi signo, emblema de los que salen de noche sin propósito, razón de los matadores de brújulas.*" (Página 20).

Olivera no quiere, deliberadamente, relacionarse ya sea en pro o en contra en forma franca; prefiere no comprometerse, es un simple espectador sin acción: "*... yo ahí, en una cama deliberadamente sucia, bebiendo una cerveza deliberadamente tibia, era siempre yo y mi vida frente a la vida de los otros.*" (Páginas 25-26). Y es que esa falta de compromiso, esa enajenación de una y otras clases de grupos sociales se deriva de su concepción intelectual de las cosas y situaciones que le hacen medir los peligros, los riesgos y prefiere estar alejado de todo lo que pueda hacerle decidir sobre un camino a aceptar, como ser existente: "*Y así me había encontrado con la Maga, que era mi testigo y mi espía sin saberlo, y la irritación de estar pensando en todo eso y sabiendo que como siempre me costaba mucho menos pensar que ser*" (Página 26)

Se nota, por lo tanto, esa fragmentación en el ser de Olivera. El de racionalizar su vida, privarle del sentimiento, del espíritu que le haga posible pensar en la vida pero a la vez vivir con todas las partes de su cuerpo. Como se ha referido anteriormente, la Maga representa la vitalidad y Olivera la racionalidad, complementos tales de lo que podría ser una vida auténtica si se unieran y así, por Olivera:

"Y por todas esas cosas me sentía antagónicamente cerca de la Maga, nos queríamos en Una dialéctica de imán y limadura, de ataque y defensa de pelota y pared. Supongo que la Maga se hacía ilusiones sobre mí, debía creer que estaba curado de prejuicios o que me estaba pasando a los suyos, siempre más livianos y prácticos. En pleno contento precario, en plena falsa tregua, tendí la mano y toqué el ovillo de París, su materia infinita arrollándose a sí misma, el magma del aire y de lo que se dibujaba en las ventanas, nubes, buhardillas;..." (Página 26).

Se aprecia así la pugna constante de estas dos formas de ser pero, a la vez, Olivera es consciente que esas dos formas no pueden separarse pues la diferencia hace que se identifiquen en una necesidad de uno y otro, pero Olivera deliberadamente rechaza

esa oportunidad y deja salir su pensamiento por la ventana.

El hombre actual vive en un mundo dramático donde toda raíz que lo fijaba en el campo de la naturaleza, formas de vida, de religión y moral han sido rechazadas por él para librarse de esa ataduras, pero al verse libre de ellas se da cuenta que se siente desamparado, separado de toda seguridad; en otras palabras enajenado de todo apoyo pero, por otro lado, se esfuerza para llegar a ser por sí mismo. Olivera ofrece una situación intelectualizada de este dilema. El se decide, en forma pasiva, a permanecer en su situación anterior, en su mundo ya establecido mostrando su falta de autenticidad, conforme expresa: "*En esos días del cincuenti tantos empecé a sentirme como acorralado entre la Maga y una noción diferente de lo que hubiera tenido que ocurrir. Era idiota sublevarse contra el mundo maga y el mundo Rocamadour, cuando todo me decía que apenas recobrarla la independencia dejaría de sentirme libre*" (Página 27). Se nota que habla del mundo de la Maga y el mundo Rocamadour; dos mundos vitales, una sucesión de la otra porque sólo se puede concebir vida en la trascendencia de las personas, dándoles vida de conciencia. Si Olivera quiere tener una existencia auténtica, él tiene que unir su idealismo a la vitalidad de Maga y de Rocamadour ya que esa es la realidad de su circunstancia de la cual tiene que partir para actualizar su vida porque; dice Olivera: "*...lo que verdaderamente me exasperaba era saber que nunca volvería a estar tan cerca de mi libertad como en esos días en que me sentía acorralado por el mundo Maga, y que la ansiedad por liberarme era una admisión de derrota.*" (Página 27).

Esto refrenda su posición porque, para Olivera, la libertad de decidir su propio destino es un fracaso, toda vez que teme enfrentarse a la realidad, el mundo que lo rodea y, lejos de ello, prefiere vivir encerrado en sí mismo dejando ser moldeado por el mundo externo. La vida de Olivera es de inercia, de ser movido por lo exterior, sin tener una auto-dirección como un niño sin conciencia o un animal cualquiera porque; "*...el disco siguió girando unas pocas vueltas, ya que sin ningún sonido brotara del parlante, no sabía por que esa inercia estúpida le había hecho pensar en los movimientos aparentes inútiles de algunos insectos, de algunos niños.*" (Página 30).

Olivera no concibe el esfuerzo, la lucha de salir de la situación en que se encuentra y, esa carencia de propósito le hace reflexionar negativamente ante una

CONTRIBUCIONES ESPECIALES

posibilidad afirmativa ya que, no se sabe cuándo se había negado a enfrentar la realidad de sus circunstancias para salir de ella y crearse otra que a él le parecía ilusoria porque no tenía fe en sí mismo. Esto lo lleva a una auto-enajenación sistemática ya que:

“Hacer algo, hacer el bien..., la acción en todas sus barajas... Pero detrás de toda acción había una protesta, porque todo lo que significa salir de para llegar a, ... Valía más renunciar, porque la renuncia a la acción era la protesta misma y no una máscara... Si algo había elegido desde joven era no defenderse mediante la rápida y ansiosa acumulación de una cultura; truco por excelencia de la clase media argentina para hurtar el cuerpo a la realidad nacional y a cualquier otra, y creerse a salvo del vacío que lo rodeaba.” (31).

Olivera llevaba su individualidad a extremos, pues no andaba en el compromiso de su generación. Si se emplea la palabra cultura, puede verse que por ésta se entiende las ambiciones, los ideales de una generación y Olivera escapa a ese compromiso colectivo enajenándose para buscar una pseudo identidad sin valor trascendente.

Viendo los antecedentes de Olivera, uno lo encuentra ante un estado de conformismo con rasgos marcados de falta de decisión y, por el contrario, buscando el camino más fácil a seguir. Este estado de conformismo se ve traducido como una de las formas de enajenación, o sea aceptar un estado de cosas sin oponer resistencia, con indiferencia, conforme la descripción que se hace de él: *“Era clase media, era porteño, era colegio nacional, y esas cosas no se arreglan así nomás. Lo malo estaba en que a fuerza de tener la excesiva localización de los puntos de vista, había terminado por pesar y hasta aceptar demasiado el sí y el no de todo, a mirar desde el fiel los platillos de la balanza.” (Página 32).*

Si uno se detiene a ver el cuadro de Maga, ella es la persona que se auto-enajena de su patria juntamente con su hijo Carlos Francisco, y da la impresión que se marcha a París sin saberlo:

“La Maga no sabía demasiado bien por qué había venido a París, ...” - en el fondo se nota su decisión de hacerle frente a la vida, no en la forma como Olivera piensa...- “ lo mismo hubiera podido recolar en Singapur que en la ciudad del Cabo, lo único importante era haber salido de Montevideo, ponerse

frente a frente con eso que se llama modestamente ‘la vida’, y luego añade – “la gran ventaja de París era que sabía bastante francés...” (37).

Entonces se nota que Maga sabía lo que quería, sabía el francés y por eso escogió París que estaba dentro de sus posibilidades, y fue a estudiar canto. Estando en París se incorpora al ambiente, quiere hacer de su vida y la de su hijo Carlos Francisco un cambio radical. Primeramente le cambia el nombre a su hijo por el de Rocamadour, luego su integración en el grupo fue enfática y hasta indispensable por lo que se puede calificar la vida de Maga, no enajenada en todo su significado, porque: *“ Todo el mundo aceptaba a Maga como una presencia inevitable y natural, aunque se irritaran por tener que explicarle casi todo lo que estaban hablando...” (Página 38).*

En una mezcla de intento de revelación y, a la vez, un trato sexual aberrado en que la Maga es un simple elemento de uso, Olivera la posee, pero la Maga es consciente de ese estado de cosas y da su ser deliberadamente para darle la posibilidad a Olivera de no sólo recibir sino de dar, también. La Maga espera, de esa su destrucción, el surgimiento de una nueva relación que fuera auténtica pero para Olivera, ese es un acto más de repetición mecanizada igual que el encender un cigarrillo y dejarse escapar en sus pensamientos:

“Sólo esa vez, encentrado como un matador mítico para quien matar es devolver el toro al mar y el mar al cielo, vejo a la Maga en una larga noche de la que poco hablaron luego, la hizo Pasifae, la doblo y la uso como a una adolescente, la conoció y le exigió las servidumbres de la más triste puta, la magnificó a constelación, la tuvo entre los brazos oliendo la sangre, le hizo beber el semen que corre por la boca como el desafío al Logos, le chupó la sombra del vientre y de la grupa y se la alzó hasta la cara para untarla de sí misma en esta última operación de conocimiento que sólo el hombre puede dar a la mujer, la exasperó con piel y pelo y baba y quejas, la vació hasta lo último de su fuerza magnífica, la tiró contra una almohada y una sábana y la sintió llorar de felicidad contra su cara que un nuevo cigarrillo devolvía a la noche del cuarto y del hotel.” (44)

Para Olivera la relación en el amor que tiene con la Maga es simplemente un juego de niño irresponsable, capricho tradicional. Al contrario de ese intercambio

CONTRIBUCIONES ESPECIALES

de cuerpos no había intercambio emocional. Eran cuerpos objetivizados, máquinas sexuales, individuos fragmentados de la parte más íntima de sus vidas, de la conciencia que les pudiera hacer vivir en unidad a ambos, de lo que la Maga piensa, refiriéndose a Olivera:

“Puesto que no la amaba (puesto que el deseo cesaría), evitar como la peste toda sacralización de los juegos...la única posibilidad de encuentro estaba en que Horacio la matara en el amor donde ella podía conseguir encontrándose con él, en el cielo de los cuartos de hotel se enfrentaban iguales y desnudos y allí podía consumarse la resurrección del fénix después que el la hubiera estrangulado deliciosamente, dejándole con un hilo de baba en la boca abierta, mirándola estático como si empezara a reconocerla, a hacerla de verdad suya, a traerla de su lado.” (Páginas 44-45).

La observación mental de Horacio es consciente y positiva en sus primeros pensamientos, pero un giro violento hace que se desampare, y caiga en el vacío que no quería caer. La actividad contemplativa no es seguida por el propósito de acción y, otra vez, se encuentra este aspecto de fragmentación, aislamiento de ambos aspectos entre sí dentro del individuo, y se lee: *“Por más que me pese nunca seré un indiferente como Etienne, pensó Olivera; lo que pasa es que me obstino en la inaudita idea de que el hombre ha sido creado para otra cosa. Entonces, claro...¿Qué pobres herramientas para encontrarle una salida al agujero.”* (Página 73).

A Olivera lo que le pesa es el mundo, en otras palabras, la vida, la incapacidad de salir de ella. Precisamente no quiere salir. Tiene un sentimiento de culpa hacia sí mismo y, masoquísticamente, se quiere castigar y es por eso que se obstina en ser solamente objeto, cosa nada más:

“- Usted ha repetido varias veces la palabra ‘cosa’ – dijo Gregorovius – no es elegante pero en cambio muestra muy bien lo que le pasa a Horacio- una víctima de la cosidad, es evidente.- ¿Qué es la cosidad-dijo la Maga.- La cosidad es ese desagradable sentimiento de que allá donde termina nuestra presunción empieza nuestro castigo. Lamento usar un lenguaje abstracto y casi alegórico, pero quiero decir que Olivera es patológicamente sensible a la imposición de lo que le rodea, del mundo en que se vive, de lo que le ha tocado

en suerte, para decirlo amablemente. En una palabra le revienta la circunstancia. Más brevemente le duele el mundo.” (Páginas 83-84).

Olivera vive enajenado del presente, vive en el pasado, vive del vapor de sus sueños del ayer y, en consecuencia, su existencia no es real. Su cuerpo está en París, su espíritu en Argentina – lo que quiere decir es que se encuentra descentrado. Hay cierto simbolismo entre el jarro verde y el mar que se ve de ese color; la nostalgia con la fragancia de la yerba que separa y une sus recuerdos de Argentina y París:

“- Si se me acaba la yerba estoy frito’, pensó Olivera, ‘mi único diálogo verdadero es con este jarrito verde’. Estudiaba el comportamiento extraordinario del mate, la respiración de la yerba fragantemente levantada por el agua y que con la succión baja hasta posarse sobre sí misma, perdido todo brillo y todo perfume a menos que un chorrito de agua la estimule de nuevo, pulmón argentino de repuesto para solitarios y tristes.” (Página 97).

El ser y la nada se funden en Olivera. El no querer relacionarse con palabras es su mejor defensa y hasta cierto punto él piensa que, de por sí, encarna la palabra y no deja que su pensamiento auténtico lo encamine a su proceso vital mediante la acción y, por lo tanto, sólo ve en el resto de la gente un enemigo que se sirve de él, visión que lo lleva, paralelamente, a servirse del otro. Se lee:

“La violación del hombre por la palabra, la soberbia venganza del verbo contra su padre, llenaban de amarga desconfianza a toda meditación de Olivera, forzado a valerse del propio enemigo para abrirse paso hasta un punto en que quizá pudiera licenciarlo y seguir-¿Cómo y con qué medios, en qué noche blanca o en qué tenebroso día?-hasta una reconciliación total consigo mismo y con la realidad que habitaba. Sin palabras llegar a la palabra (qué lejos, qué improbable), sin conciencia (razonable) razonante aprehender una unidad profunda...” (Página 99).

La relación de necesidad es lo único que une a Maga y a Olivera pues el amor no existe entre ambos y, aunque la Maga ensaya esa posibilidad, sus vidas son discordantes como notas de una falsa melodía. Son sólo instrumentos, objetos separados y determinados, sin trayectoria que tengan un punto de unión conforme

CONTRIBUCIONES ESPECIALES

se nota en el diálogo que Olivera y Maga tienen: “*A mí me pareció que podía protegerte. No digas nada. Enseguida me di cuenta de que no me necesitabas. Hacíamos el amor como dos músicos que se juntan para tocar sonatas.-Precioso lo que decís.-Era así, el piano iba por su lado y el violín por el suyo y de eso salía la sonata, pero ya ves, en el fondo no nos encontrábamos. Me di cuenta enseguida, Horacio, pero las sonatas eran tan hermosas.*” (Página 109).

La conciencia y la inconsciencia se mezclan en Olivera, estados que toma como juego para justificar su falta de responsabilidad. Es que Olivera no ha madurado porque no ha empezado a vivir, es sólo un niño que piensa ser hombre: “*Ah, vos querés decir por qué todo esto. Anda a saber, yo creo que ni vos ni yo tenemos demasiado la culpa. No somos adultos Lucía. Es un mérito pero se paga caro. Los chicos se tiran siempre de los pelos después de haber jugado. Debe ser algo así. Habría que pensarlo.*” (Página 111).

Olivera no actualiza su vida. Vive en el pasado porque tiene temor del futuro, se encuentra en un vacío que lo convierte en un animal, un vegetal, vale decir que como persona: un nada. Más aún la circunstancia ya de hombre maduro, cronológicamente, lo inhibe de tener aspiraciones fuertes y reales y, como dice: “*Me apasiona el hoy pero siempre desde el ayer (¿me apasiona dije?), y es así como a mi edad el pasado se vuelve presente y el presente es un extraño y confuso futuro donde chicos con tricotas y muchachas de pelo suelto beben un café cremé y se acarician con una lenta gracia de gatos o de plantas.*” (Página 113).

Para Olivera la posibilidad de comunicación está cerrada porque se siente acorralado en soledad, por otras soledades, vale decir que para él su ambiente es una colmena en que cada uno vive separado en forma determinante. “*Allez, Pépère, C’est, C’est rien ça!-del camillero, un pelirrojo que debía decirle lo mismo a todo el mundo. La incomunicación total, pensó Olivera. No tanto que estemos solos, ya que es sabido y no hay tutía. Estar solo es en definitiva estar solo dentro de cierto plano en el que otras soledades podrían comunicarse con nosotros si la cosa fuese posible...*” (Página 119).

Si se toma como punto de actualidad la condición del hombre: vivir solo entre muchos, Olivera va más allá. Vive aislado de sí mismo, fragmentado, lo que le priva de las vías de recibir del otro porque no tiene qué ofrecer a cambio, y en el amor - la última posibilidad - sólo ve la creación de más soledades iguales a la

suya. Lo que él llama amor es sólo un fenómeno ontológico.

“*¿Y qué quiere decir vivir de otra manera? Quizá vivir absurdamente para acabar con el absurdo, tirarse en sí mismo con una tal violencia que el salto acabara en los brazos de otro. Si quizá el amor, pero la otherness, apenas la agradable togetherness. Cierto que ya es algo...Amor, ceremonial ontologizante, dadora de ser. Y por eso se le ocurría a hora lo que a lo mejor debería habersele ocurrido al principio: Sin poseerse no había posesión de la otredad, ¿Y quién se poseía de veras? ¿Quién estaba de vuelta a sí mismo, de la soledad absoluta que representa no contar siquiera con la compañía propia, tener que meterse en el cine o en el prostíbulo o en la casa de los amigos o en una profesión absorbente o en el matrimonio para estar por lo menos solo entre - los - demás?*” (Página 120).

Olivera trata de buscar una relación franca con Gregorovius, quiere dar algo de sí, aunque considera al otro como alguien que al conocerlo se aprovechará de él y, por esta ventaja de Gregorovius, permanece escéptico ante esa posibilidad; situación tal que determina a Olivera en un marco de intento de entrega y retracción. “*Gregorovius se daba cuenta de que Olivera lo estaba tuteando, y que eso cambiaba las cosas, como si todavía se pudiera...*” (Página 178).

Otra vez se tiene la desventaja de Olivera ante los demás. Etiéne también lo conoce y hace ver una intelectualidad dominante, la razón pura que quiere establecer leyes fijas en la vida de los hombres y, es en esta forma intelectualizada de pensar que precisamente destruye la vida. Etiéne le dice a Olivera: “*apenas te metes un poco en serio en tus textos empezás a sentir lo de siempre, la inexplicable tentación de suicidio de la inteligencia por vía de la inteligencia misma. El alacrán clavándose el agujijón, harto de ser un alacrán pero necesitado de alacranidad para acabar con el alacrán.*” (Páginas 189-90).

Si lo inesperado es lo que realmente hace vivir a uno, se ve que Olivera programa, sueña, racionaliza la vida. Es que él piensa que no tiene pasado porque, precisamente, no ha vivido, no tiene base de experiencia para proyectarse una vida real. Por eso decide entrar en un mundo irreal de sucesión de juegos donde no exista la conciencia que lo juzgue, no por lo que ha hecho, si no por lo que no ha hecho que es lo que determina la ex-

istencia sin acción de Olivera porque "Antes de desembarcar en la mamá patria, Olivera había decidido que todo pasado no era pasado y que solamente un falacia mental como tantas otras podía permitir el fácil expediente de imaginar un futuro abonado por los juegos ya jugados." (Página 266).

Se ha referido anteriormente que para Olivera la comunicación no existe y que conceptúa que es uno mismo el que se habla desoyendo al otro y, que el otro actúa de la misma manera; que el compartir la palabra con otro es sólo una ficción, que el lenguaje es irreal porque no lleva a la acción relacional. En palabras de Olivera: "- Ahí tenés - le dijo Olivera a Traveller, que lo miraba cejijunto - Ahí tenés lo que son las cosas, cada uno cree que está hablando de lo que comparte con los demás." (Página 301).

En el conflicto o tensión entre el uno y el otro hay cierta entrega, cierto intercambio que hace posible un mejor entendimiento por la toma de conciencia de sus posibilidades pero, en cambio, la falsa armonía es sólo la máscara de un subjetivismo sin trascendencia. Olivera se da cuenta de esta gran verdad algunas veces, pero la incertidumbre de un pensamiento auténtico lo retrae. Olivera dice: "A veces siento que entre dos que se rompen la cara a trompadas hay mucho más entendimiento que entre los que están ahí mirando desde afuera." (Página 326-7).

Se refleja en Olivera un temor marcado a la responsabilidad. Prefiere que el mundo exterior lo ataque, lo forme y no ser él quien cree esa lucha. Por otro lado las circunstancias que el mundo exterior le crean son para Olivera pretextos para adoptar una defensa contra algo que no existía como peligro. Su lucha es una fantasía con desbordes de enajenación mental porque para él:

"Atacar a Traveller como la mejor defensa era una posibilidad, pero significaba invadir lo que el sentía cada vez más como una masa negra, un territorio donde la gente estaba durmiendo y nadie esperaba en absoluto ser atacado a esa hora de la noche por causas inexistentes en términos de masa negra. Pero mientras lo sentía así, a Olivera le desagradaba haberlo formulado en términos de masa negra, el sentimiento era como una masa negra pero por culpa de él y no del territorio donde dormía Traveller; por eso era mejor no usar palabras tan negativas como masa negra, y llamando territorio a secas, ya que uno acababa siempre llamando de alguna manera

a sus sentimientos." (Página 383).

Olivera no quiere o teme relacionarse dialogalmente; prefiere una relación superficial, de mucha pasividad con esa falsa armonía que él mismo criticaba como observador de un conflicto extra personal. Dicho en otras palabras Olivera quiere estar solo, enajenado efectiva y físicamente de los otros existentes, como le dice a Traveller: "No te rompas más la cabeza dijo Olivera - ¿Por qué le buscas explicaciones viejo? La única diferencia real entre vos y yo en este momento es que yo estoy solo. Por eso lo mejor es que bajas a reunirme con los tuyos, y seguimos hablando por la ventana como buenos amigos. A eso de las ocho me pienso mudar, Geleptren quedó en esperarme con tortas fritas y mate." (Página 398).

Olivera juega en el plano del conformista y el de no conformista, que no acepta la tradición o idea recibida pero que él mismo vive ese tipo de influencias; las acepta o las rechaza a medias lo que le rodea o lo que le viene: "Cuántas veces me pregunto si esto no es más que escritura, en un tiempo en que corremos al engaño entre ecuaciones infalibles y máquinas de conformismo. Pero preguntarse si sabremos encontrar al otro lado de la costumbre o si más vale dejarse llevar por su alegre cibernética, ¿no será otra vez literatura? Rebelión, conformismo, angustia, alimentos terrestres, todas las dicotomías..." (Página 438).

CONCLUSIONES

De lo expuesto se ve primeramente el papel que juegan el yo y el otro, no solamente como ser sino como situación que rodea al individuo. En este caso especialmente a Olivera, el mundo y todo lo externo a él. Olivera se encuentra dentro del mundo pero no crea tensión de relación por lo que el mundo externo lo moldea y, es precisamente por la falta de compromiso, de decisión para cambiar en forma dinámica las circunstancias que lo rodean. Dentro del mismo Olivera sólo existe una concepción racional de las cosas que priva a ese su Yo más interno (su conciencia) del desarrollo integral, o sea de darle vida a su racionalismo. Esa vitalidad se manifiesta en la Maga quien, simbólicamente, es su complemento para formar una unidad personal auténtica, pero racionalismo y vitalismo se encuentran separados porque a Olivera quizá le falta el sentido de ser un ente de carne, sangre y huesos, de ser un ente biológicamente vivo real que implique deseos, necesidades, acciones. Por el contrario él se separa más y más de su ser substancial creando una relación de complejidad dentro de sí mismo y de su ser.

CONTRIBUCIONES ESPECIALES

Al actuar con solo su fantasía se le ve prácticamente un ser irreal y, es él mismo quien se sumerge en ese estado ya descrito en el cuerpo de esta exposición, para evadirse a sí mismo y de lo que lo rodea mediante sus juegos de pretendida enajenación mental con el fin de evitar responsabilidades y no tener una conciencia que lo juzgue. En sus relaciones con las personas que lo rodean se le nota falta de confianza hacia ellas y teme revelarse. Piensa que al hacerlo se va a convertir en centro de observación y va a estar en desventaja con respecto a ellos y, no obstante eso, se da cuenta que lo conocen, especialmente Gregorovius y Etiéne quienes hacen comentarios de su manera de ser.

Olivera ve al otro como enemigo particularmente en el caso con Traveller. Piensa con respecto al otro como objeto de uso – el caso de la Maga – y a la vez él mismo se mira como objeto y, describiendo ese tipo de personalidad, se le puede configurar dentro de un carácter masoquista.

Olivera, por la intelectualización que hace de las diversas situaciones, se mantiene solamente en un nivel contemplativo sin propósito, que niega las posibilidades de acción y de transformación de su estado actual. Determina así, en su apreciación, un cuadro conformista que es una de las características de enajenación. Olivera quiere mantener un tipo de individualidad extrema, de completa soledad. No quiere estar comprometido en las acciones de su generación por lo que equivoca el concepto de lo que es cultura, tradición y, ese tipo de enajenación de su grupo generacional lo lleva a abandonar su patria y al llegar a su nuevo destino, no es ni francés ni argentino. Su situación no cambia porque, si se quiere hacer algo, se tiene que hacer en el lugar y tiempo que a uno le toque y, en este aspecto, Olivera se va desligando de la posibilidad de tener una existencia auténtica.

Otro aspecto importante es la actualización de la vida de uno para proyectarla hacia el futuro. Olivera niega el pasado, comprime el futuro a un presente porque tiene temor de llevar su vida hacia delante. Hablando de vida, esta no es más que la experiencia propia de cada quien. Se ve en Olivera que a pesar de su edad madura aún no ha vivido, no se ha decidido a vivir y, por el contrario prefiere ser vivido por los otros, se mira como un objeto más. Quiere, se obstina en ser sólo cosa y así trata al resto. Este aspecto se aprecia en las relaciones sexuales con la Maga. Sólo es entrega de cuerpos que se comercializan pero no hay ese intercambio de espíritus, aunque en Maga se nota ese intento. Pero se sabe que esa acción tiene que ser dual por lo que la comunicación entre ellos sólo queda entre paréntesis.

En el lenguaje, la palabra para Olivera no existe porque la concibe como determinación de uno hacia otro como objeto. Piensa que la palabra queda en uno mismo, que uno es la palabra y es por eso que se nota en Olivera la falta de diálogo verdadero con su grupo.

Hasta el último no se sabe si Olivera va a cambiar o no. Se desea que cambie pero se sabe, también, que es difícil esperar un salto mortal de quien se ha obstinado a morir en el conformismo, aceptando el sí y el no de todo.

Correspondencia:

Dr. Alcibiades Policarpo Lacruz; Ph.D.
Sam Houston State University
27 N. Dragonwood Pl. The Woodlands, TX 77381 USA
Telefono: (936) 271-1245
Correo electrónico: Fol_agp@shsu.edu

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

1. Cortázar, J. (1973). *Rayuela*. Buenos Aires, Argentina: Editorial Sudamericana.